

**FACUNDO  
MANES**

**DECIR**

**PRESENTE**

**HACER**

**FUTURO**

**LA REVOLUCIÓN  
DEL CONOCIMIENTO  
COMO MOTOR DEL  
PROYECTO ARGENTINO**

**FACUNDO  
MANES  
DECIR  
PRESENTE  
HACER  
FUTURO**

**LA REVOLUCIÓN  
DEL CONOCIMIENTO  
COMO MOTOR DEL  
PROYECTO ARGENTINO**

## INTRODUCCIÓN

Existe un término médico que define a aquellas personas incapaces de reconocer su enfermedad o sus dificultades: *anosognosia*. Esta alteración es considerada de manera amplia como un “déficit de conciencia de la enfermedad”. El hecho de que estas personas no adviertan los síntomas que padecen o les resten importancia tiene un impacto negativo en su condición porque retrasa la consulta y la búsqueda de tratamiento.

Aunque muchas veces se dice que la Argentina está “sobrediagnosticada” y pensamos entonces que conocemos de sobra todas nuestras falencias y debilidades, debemos pensar más bien si no sufrimos de un comportamiento social de *anosognosia*. Quizás sea por eso que nos frustramos al encontrarnos en un círculo de tropiezos, década tras década, como si se tratara de un laberinto del que no podemos salir. Tampoco logramos ponernos de acuerdo para encauzar un proyecto

de desarrollo verdaderamente equitativo y sustentable. Nos falla el plan, pero lo que está faltando quizás es saber desde dónde partimos y hacia dónde queremos ir.

La Argentina es un país profundamente desigual. Y cada vez más. Al menos, un tercio de la población vive en condiciones de pobreza. Cuatro de cada diez chicos presentan algún tipo de malnutrición. Más de un millón y medio de personas pasan hambre. En algunos lugares, como en el conurbano bonaerense, el 75% de los adolescentes son pobres. Se trata de una inmoralidad como pocas, pero también de una torpeza para el desarrollo de un país. La verdadera riqueza de una nación no está en sus recursos naturales sino en la capacidad de crear de quienes viven en ella. ¿Cómo vamos a dejar que nuestro principal bien, su gente, no se nutra, no estudie, no invente, no viva bien? La lucha contra la pobreza es un imperativo ético y a la vez el plan económico más eficaz para la Argentina.

Otra realidad nacional que negamos es que la calidad educativa se ajusta cada vez menos a los estándares internacionales y a las necesidades reales –presentes y futuras– de nuestros niños, niñas y jóvenes. Además, no ponemos como prioridad el desarrollo científico-tecnológico, la verdadera vía hacia el desarrollo económico y social sustentable. También descuidamos

el medioambiente y no logramos tener instituciones verdaderamente transparentes y eficaces.

Cada uno de nosotros, como parte fundamental de la sociedad, debemos asumir esta situación. Mentirnos a nosotros mismos, creernos “condenados al éxito” o que “una cosecha récord nos va a salvar” no solo no nos ayuda, sino que entorpece el camino. Por eso, hace falta que modifiquemos esta forma de pensar, no evadir la situación para poder reconocer nuestros problemas y así buscar –entre todos– las mejores soluciones posibles. Necesitamos dejar de perder el tiempo en debates chabacanos e intrascendentes y convencernos de que el verdadero desarrollo está basado en el conocimiento. La sociedad tiene que presionar por este paradigma como lo hizo en los 80 por la democracia y los líderes deben tener el coraje para tomar las decisiones que se necesitan.

Una habilidad clave de los seres humanos para llevar a cabo nuestras acciones de manera exitosa es la “metacognición” –me disculpo nuevamente por incluir un término científico en un libro que, en principio, no lo es, pero estoy convencido de que nuestros conocimientos específicos, cualquiera sean, sirven mucho para reflexionar sobre cuestiones que van más allá de ellos–, esa cualidad que nos permite reflexionar sobre los pensamientos propios, evaluar las decisiones que tomamos,

emitir juicios sobre nuestras propias ideas y reconocer debilidades y fortalezas. Sirve también para el aprendizaje, cuando tomamos una estrategia probada para un problema del pasado y lo aplicamos a un desafío nuevo. Cuando hacemos esto, nos convertimos en una especie de audiencia de nuestro propio desempeño intelectual, nos volvemos observadores activos y reflexivos de nuestro pensamiento. Dos aspectos fundamentales están involucrados en esto. Estos son, por un lado, la habilidad de pensar sobre lo que pensamos, aprendemos y conocemos; y, por otro, la capacidad de planificar, autorregular y monitorear la manera en la que lo hacemos.

Si bien todos tenemos esta habilidad metacognitiva, no somos igualmente exitosos al momento de ponerla en práctica. Diversas investigaciones exponen que quienes son eficientes en la resolución de problemas tienen más desarrolladas estas habilidades metacognitivas. Por lo tanto, suelen reconocer los errores en el propio pensamiento y monitorear los procesos de reflexión. Ahora bien, también es posible estimularla y desarrollarla más eficazmente. Poner en marcha entre todos esta habilidad supone una sociedad que se piensa, que reflexiona críticamente sobre sus decisiones, capaz de identificar sus errores y de ponerse de acuerdo para tener un propósito común que ordene las acciones individuales. Ninguna sociedad se ha desarrollado gracias

a un personalismo *salvador* ni a un gobierno *iluminado*. Los cambios reales se logran gracias al reconocimiento, a la planificación y a la inversión estratégica sostenida en el tiempo, lo cual demanda a su vez un gran consenso político y social. La estabilidad de la economía es un instrumento necesario pero no va a rendir los frutos del desarrollo y la equidad si no sentamos las bases para que la Argentina que soñamos sea un derecho de todos y no un privilegio de pocos.

Para todo ello, es fundamental la implementación de políticas de Estado dirigidas a mejorar el sistema educativo, fortalecer el sistema científico-tecnológico, y vincular ambos a una estrategia de desarrollo sostenible que aumente la productividad, genere más empleos de calidad y contribuya a una redistribución progresiva del ingreso. Para crecer de forma sostenida un 4% anual en las próximas décadas, necesitamos convertirnos en un país de innovación permanente. Y claro que esto es posible. Con estímulos específicos, se puede amalgamar nuestra capacidad científica con los procesos productivos y así generar bienes con mayor valor agregado que impliquen empleos de calidad. Los avances que se han originado en biotecnología y en genética animal son un ejemplo de que esto es realizable con políticas de incentivos permanentes. Solo hay que integrarlos en un plan serio de desarrollo nacional. Así lo hicieron los países

que transitaron un camino de crecimiento sostenido y así lo tenemos que hacer nosotros. Debemos ser suficientemente humildes para aprender de las experiencias de otras naciones, sin perder de vista nuestra realidad.

La “meritocracia” sin igualdad real de oportunidades es falaz y radicalmente injusta. El conocimiento y las oportunidades no pueden ser para unos pocos ni para una elite. Debemos garantizar el derecho de todos al bienestar. Construir una Argentina que crezca donde cada uno, sin importar de dónde venga, tenga la posibilidad de alcanzar sus sueños. Es hora de dejar de lado las mezquindades políticas y sectoriales, reconocer lo que nos pasa y decidir adónde debemos ir. Es tiempo de levantarnos y empezar a andar.

\*

Algunos de los principales retos de nuestro país en un mundo cambiante e hiperinterconectado seguramente tienen que ver con la necesidad de incrementar las habilidades y conocimientos de quienes lo habitan, nuestra innovación y creatividad. Porque si los argentinos queremos prosperar en un entorno global y dinámico, es vital que demos lo mejor de nuestros recursos. Pero, ¿cuáles son? Los Estados y las instituciones en general tienen un rol primordial en la creación de un contexto en el que cada uno (otra manera de decir “todos”)



tenga la oportunidad de dar lo mejor de sí. La prosperidad personal y de la comunidad, la igualdad y la justicia social en nuestro país dependerán del aprovechamiento cabal del talento de nosotros mismos. Alentar y colaborar unos con otros para potenciar las capacidades será crucial para el devenir personal pero también social, es decir, nuestro futuro crecimiento y bienestar.

La ciencia ha progresado asombrosamente en las últimas décadas; y esto permitió tener a disposición de los decisores políticos y económicos renovados conocimientos para brindar apoyo a las personas, a las familias y a las organizaciones y así promover el desarrollo humano y lograr el bienestar personal y social.

¿A qué llamamos “desarrollo humano”? Se trata de la promoción de los recursos cognitivos y emocionales de una persona: su capacidad de aprendizaje flexible y eficiente, las habilidades sociales y de adaptación frente a los desafíos y tensiones del entorno. Por lo tanto, condiciona su calidad de vida y la manera en que es capaz de contribuir eficazmente a la sociedad. Por su lado, el bienestar es un estado dinámico que se ve reforzado cuando somos capaces de cumplir con nuestros objetivos personales y sociales al mismo tiempo que logramos un sentido dentro de la sociedad.

Diversos factores que analizaremos a lo largo de este libro impactarán drásticamente sobre el país en las próximas

décadas y es necesario tenerlos en cuenta ya. Por ejemplo, la esperanza de vida aumentará de manera impactante. Nuestro concepto de lo que constituye la vejez cambiará. Debemos pensar cómo asegurar que el número creciente de personas mayores mantenga las mejores condiciones y, de esta manera, preservar su independencia y bienestar. También es fundamental tomar decisiones para fortalecer ese bien invaluable. Esto, además de fructífero en sí, también es una estrategia muy eficaz para revertir el torpe estigma de la vejez. Por otra parte, las nuevas tecnologías y la globalización seguirán presentando grandes desafíos a nuestra economía y nuestra sociedad cada vez más basada en el conocimiento. Los niveles de habilidades serán críticos para la competitividad y la prosperidad. Para esto será crucial la formación permanente y la promoción de contextos creativos y de innovación con el fin de que todos, cumplamos la función que cumplamos, podamos potenciar nuestras capacidades. La preparación para hacer frente a los nuevos desafíos tiene que comenzar temprano en la vida fomentando la mejor disposición para aprender. Ligado a esto, otro punto fundamental es la educación. La relación entre ciencia y educación puede colaborar para el rediseño de políticas educativas y programas para la optimización de los aprendizajes en el mundo actual. Científicos y educadores, en un trabajo

interdisciplinario, pueden contribuir a la búsqueda de respuestas sobre algunas claves del desarrollo de nuestros niños y jóvenes: cómo piensan, cómo sienten.

La inversión en educación de calidad redonda con creces en la sociedad. Esto que parece obvio debe plasmarse como prioridad de nuestra sociedad argentina y constituirse en pilar y política de Estado. De verdad.

La Argentina actual está tejida de una multiculturalidad creciente y un cambio de estructuras familiares y sociales que nos impulsan a una interacción cada vez mejor entre nosotros. Se trata de una gran oportunidad para reconocer más la virtud de la diferencia y, también, para conformarnos como sociedad integrada. El éxito en esto puede promover un ciclo virtuoso de oportunidades, mayor inclusión y cohesión social; el fracaso, por su parte, puede alimentar tensiones, aumentar la fragmentación de la sociedad y la exclusión social. No podemos fallar en estos aspectos.

Debemos estar convencidos de que aquella política que priorice el desarrollo humano es la que nos permitirá crecer y, de esta manera, cumplir con uno de los objetivos que nos exige el preámbulo de la Constitución Nacional: la promoción del bienestar general.

Muchas veces, por mi especialidad, cuando me piden que defina en poquísimas palabras qué es el cerebro humano, suelo responder: un órgano social. Lo solemos describir de esta manera categórica porque se trata de un elemento complejo y fascinante que no puede entenderse aislado y sin conexión con el otro. La supervivencia de nuestra especie depende, en gran medida, de un funcionamiento social efectivo. Las habilidades sociales facilitan nuestro sustento y protección. Si queremos entender a los seres humanos, la comprensión de las capacidades relacionadas con la sociabilidad cobra un rol fundamental. Por ejemplo, los niños, al nacer, deben instantáneamente conectarse con las conductas protectoras de sus padres y madres. Y ellos deben cuidarlos lo suficiente. Aunque otros animales pueden correr más rápido, tener mejor olfato o luchar mejor que nosotros, nuestro desarrollo evolutivo se destaca por las habilidades sociales: la capacidad para comunicarnos con los demás, para entender al otro y ser entendidos, para planificar y trabajar juntos, para afianzar tradiciones colectivas, para reunirnos y celebrar fiestas patrias, para abrazarnos en un partido del mundial de fútbol. Podemos entender con mayor claridad esta noción si hacemos una analogía –casi un lugar común, por cierto– entre el funcionamiento del cerebro y el de una computadora en la actualidad. En el caso de que la máquina

se encuentre desconectada de Internet, aunque se trate de un equipo de última generación y muy potente, no tendrá una prestación del todo plena y significativa. Más bien, su impulso será pobre, limitado, de bajo vuelo. Lo mismo sucede con nuestro cerebro.

Transformarnos en personas adultas no significa volvernos autónomos y solitarios, sino, por el contrario, depender de otros y, sobre todo, que otros puedan depender de uno. De hecho, el dolor de sentirse solo y aislado de los que están alrededor funciona como un alerta del sistema biológico frente a una amenaza o potencial daño al cuerpo social, del mismo modo que cuando detecta dolor físico, hambre o sed y se disparan conductas claves para asegurar respuestas (proteger el tejido dañado, comer, beber) que nos permiten la supervivencia. Hemos dicho ya que muchos investigadores sostienen que la evolución del cerebro humano fue impulsada en parte por la capacidad de la especie de vivir en grupos cada vez más complejos. Los seres humanos somos eminentemente seres sociales y como tales tenemos que pertenecer a un colectivo. Esto quiere decir que poseemos un deseo intenso de formar y mantener relaciones interpersonales duraderas y significativas.

Desde el inicio de la humanidad, fueron las relaciones sociales las que cumplieron un rol clave para nuestra supervivencia. Vivir en grupo le permitió al ser

humano organizar cacerías, recolectar alimentos, protegerse entre sí, crear refugios y aumentar la oportunidad de encontrar pareja, entre muchas otras cualidades fundamentales. Los demás intervienen de manera central para que cada uno de nosotros seamos como somos. Intentar comprender al ser humano de manera aislada es no comprenderlo. Entendernos fuera de la interacción con otros es reducirnos a casi nada. El contexto formatea nuestras prácticas de manera preponderante, y también nuestra manera de ser.

Nuestros humores, sueños, memorias, miedos y decisiones están condicionados por el entorno. A pesar de tener el 100% de genes en común, si desde muy pequeños dos hermanos gemelos pasaran su vida en lugares distantes uno de otro, seguramente tendrían modos de ser mucho más diferentes entre sí que si se criaran juntos. ¿Por qué un jugador de fútbol de cualquier equipo que andaba más o menos cuando pasa a otro club explota (o viceversa)? Si el individuo es el mismo, ¿qué fue lo que se modificó? ¿Por qué algunas instituciones formativas como escuelas y universidades terminan siendo semilleros de premios Nobel? ¿Por qué hay personas, empresas, instituciones que generan de manera permanente la innovación, la creatividad, la superación? Si, en todos los casos, la pelota también es la misma, los pupitres, las computadoras y los pizarrones

son los mismos; lo que cambia es la persona en relación con los demás, y eso influye en la motivación, en la autoexigencia, en el clima de equipo.

Una de las frases más repetidas sobre este diálogo entre uno y el universo fue la del pensador español José Ortega y Gasset, quien dijo eso del *yo y su circunstancia*. Justamente fue él quien tuvo muchísima influencia en el pensamiento argentino décadas atrás. Él visitó varias veces el país (de hecho, vivió acá algunos años), brindó conferencias y publicó un libro de ensayos con el nombre de *Meditación del pueblo joven*. De ahí surge también ese otro lema célebre de “Argentinos, a las cosas”, que azuza a ese carácter *chamuyero* que parecemos tener. “Acaso lo esencial de la vida argentina es eso: ser promesa”, dice también, reclamando cumplirla de una vez o callar.

\*

Detengámonos unos renglones para hablar de la *especificidad* del cerebro argentino. En realidad, más bien, debemos decir que nuestro cerebro es igual al del resto de los seres humanos. Los mismos rasgos biológicos generales, estructuras anatómicas y funciones están en todas las personas de todas las culturas. Pero, al mismo tiempo y aunque parezca contradictorio, todos los cerebros son diferentes porque la interacción de los

genes con el ambiente —el contexto social, los gustos y las experiencias— hace que el cerebro de cada uno esté cambiando permanentemente a lo largo de la vida. A veces pensamos que tomamos decisiones de manera autónoma, pero en realidad muchas están moldeadas por las experiencias almacenadas en nuestro cerebro.

Aunque no seamos conscientes de que ocurre, la cultura influye en la forma en que vemos el mundo, en la manera en que enfocamos los problemas y cómo los resolvemos. En todo ello inciden la relación con el pasado y el futuro, la moral y las emociones, la interacción con el otro, el modo de entender y buscar la felicidad. Es así que la toma de decisiones está fuertemente atravesada por las acciones y pensamientos de quienes nos rodean de manera próxima pero también por la sociedad en la que vivimos, por las historias comunes y por las normas sociales establecidas.

La cultura es el conocimiento adquirido para afrontar la vida, es compartida por un grupo específico de personas y se trasmite de generación en generación. Algunos definen la cultura como “las creencias habituales y valores que los grupos étnicos, religiosos y sociales transmiten de forma casi inalterada de generación en generación” o como “la conformación de un repertorio o juego de herramientas, hábitos, habilidades y estilos con los cuales las personas construyen las estrategias



de acción”. Personas de diversas culturas a menudo hacen las cosas de manera muy distinta. Las culturas difieren en sus normas (lo que se supone que la gente debe hacer en ciertas situaciones), en sus valores (proteger el honor de la familia) y en sus formas de pensar.

Los seres humanos somos sofisticadas máquinas de aprender y tenemos la capacidad de modificarnos a nosotros mismos constantemente para mejorar nuestras respuestas frente al ambiente. Una manera en que realizamos esto es formando modelos de respuesta frente a ciertas situaciones típicas o repetitivas. Nuestro cerebro identifica regularidades del ambiente o contextos específicos y desarrolla paquetes de información y patrones de conducta más o menos fijos para esos contextos. Pensemos en cuando vamos al supermercado, allí sabemos qué vamos a encontrar y de qué manera vamos a comportarnos. La psicología cognitiva llamaba a estos modelos mentales “guiones”, porque organizan nuestra conducta de un modo predecible y estructurado.

Pensemos ahora también en un género musical: cuando escuchamos un tango, unos pocos acordes nos permiten saber qué podemos esperar luego, y podemos saber también de qué temas nos hablarán sus letras. Como estos hay muchos ejemplos de cómo formamos patrones mentales sobre eventos, que nos permiten identificar más rápido ciertas situaciones y actuar en

consecuencia. Esto nos hace más eficientes, evitando que tengamos que volver a procesar una misma situación una y otra vez como si fuera nueva. Algunos de estos mecanismos son muy simples y automáticos, como los hábitos motores, y otros muy complejos, como los esquemas cognitivos que formamos sobre nosotros mismos y sobre el mundo. Estos esquemas son sistemas de creencias y actitudes profundamente arraigadas, que se construyen en la infancia a partir de los diferentes modelos (familia, escuela, cultura, sociedad y otros significativos) y que se viven como verdades a priori. Estos patrones nos permiten organizar nuestra experiencia y nos dan un marco para entender el mundo. La formación de esquemas contribuye, a su vez, a organizar y preservar la identidad personal. Estos son centrales en el concepto que tenemos de nosotros mismos, por eso son muy resistentes al cambio y tienden a autoperpetuarse. Es como si usáramos lentes de un color determinado y entonces generamos una tendencia a ver las cosas de ese color. No se trata solo de las ideas, sino también de respuestas emocionales. Vemos el mundo a través de esquemas, y transitamos por él, intentando confirmarlos. Nos aferramos a ellos, incluso cuando nos perjudican. Todos construimos esquemas que nos sirven porque funcionan como ordenadores de los datos de la realidad. Cumplen una función práctica y

económica. Concentran información, son cómodos, seguros y resultan familiares.

Las percepciones de los eventos influyen sobre las emociones y los comportamientos de las personas. Es decir, lo relevante no está puesto sobre las situaciones que la vida nos presenta, por fuera de las personas, sino más bien en la interpretación que se realiza de esas situaciones. Ante una misma situación, diferentes personas pueden atribuirle significados diferentes. ¿Cómo se explica esto? Estos *sesgos mentales* funcionan como una suerte de atajos que nos permiten resolver de manera simple y sin demasiado esfuerzo problemas en la vida cotidiana. Para entender mejor este concepto, podemos imaginarnos que nuestra mente es como una cámara fotográfica que cuenta con ajustes manuales y automáticos. Estos últimos nos sirven para captar rápida y fácilmente un paisaje o una escena. Los sesgos actuarían análogamente de esta manera. Por ejemplo, un sesgo frecuente es el pensamiento dicotómico, que plantea oposiciones blanco o negro (¿será por esto que los argentinos no podemos salir de la grieta?). Este sesgo se expresa en una concepción extremista de los eventos que, por ejemplo, asume que nunca les va a ir bien o cuando asume que determinado político es bueno o es malo. Otro sesgo del pensamiento es la minimización o maximización de los hechos. Consiste en amplificar

los aspectos negativos de una situación a la vez que se minimizan los positivos, por ejemplo, si se consiguió un ascenso laboral, se asume que se trata de suerte y no de un logro personal (¿será este nuestro sesgo *tanguero*?). Algunos investigadores proponen que los sesgos pueden filtrar la memoria, en consecuencia, sostienen que las personas con depresión recuerdan predominantemente la información negativa.

Muchas veces, las personas tienden a tomar distancia de los hechos que van en contra de sus creencias. ¿Por qué sucede esto? ¿Cómo es que estas creencias tienen tanto poder por encima de los datos y las evidencias? Uno de los fenómenos que se han propuesto para explicarlo es llamado “disonancia cognitiva”, y se trata de la tensión incómoda que resulta de sostener simultáneamente dos actitudes u opiniones conflictivas o contradictorias entre sí. Es lo que sentimos cuando nos enfrentamos con evidencias que amenazan nuestro autoconcepto. Incluso ante datos o hechos que nos objetan tendemos a reforzar nuestras opiniones preestablecidas y a estar aún más convencidos de nuestra verdad.

Las personas cambiamos los hechos para adaptar las creencias preconcebidas con el objetivo de disminuir la incomodidad de la disonancia cognitiva. Este comportamiento, conocido como “razonamiento motivado”

(seleccionamos los datos coincidentes con lo que queremos creer y reforzamos así nuestros preconceptos en un movimiento de retroalimentación y, como gesto contrario, evitamos, ignoramos, le quitamos valor o simplemente olvidamos lo que los contradice). Nuestros sesgos son responsables de que, muchas veces, interpretemos la información de manera ilógica, que realicemos juicios irracionales y, por eso, tomemos decisiones desacertadas. Representarían mecanismos de reducción de la disonancia cognitiva y, en consecuencia, permitirían mantener una suerte de equilibrio mental en las decisiones y acciones.

Uno de estos, justamente, es el denominado “sesgo de confirmación”, ya que se trata de la tendencia a buscar información que apoya las creencias u opiniones que sostenemos, mientras que evitamos la que las contradice. Así, tendemos a leer los editoriales de los diarios que confirman nuestras convicciones políticas, miramos en la TV los programas que coinciden con nuestra visión de la realidad y seguimos en redes sociales a quienes opinan cosas parecidas a nosotros. Partimos de ideas previas y en las discusiones y los debates buscamos la información que las confirme. Tendemos, entonces, a negar o ignorar las evidencias que las contradicen. Este sesgo también atañe a la interpretación. Se considera que existe una interpretación sesgada cuando ante

pruebas ambiguas o neutrales se interpretan los datos unidireccionalmente de acuerdo con la propia postura. El sesgo de confirmación interviene en el afianzamiento de los estereotipos que construimos sobre las personas. Cuando conocemos a un extranjero vamos a preguntarle por los gustos y las actividades que asociamos como típicas de su país. Es decir, vamos a buscar la información que reafirme nuestros estereotipos. Así, dejamos de lado y olvidamos aquello que se contrapone con nuestros supuestos; mientras que tendemos a aceptar y recordar los datos que son consistentes con los estereotipos. ¿Cómo, entonces, no nos va a parecer obvia nuestra postura, si, en realidad, no estamos recordando los argumentos que existen en contra? Podemos recordar cualquier discusión que hayamos tenido en algún bar entre amigos por una cuestión determinada: muy probablemente, después de interlocuciones airadas, argumentaciones sesudas y apelaciones a la falacia argumentativa *ad hominem* (lo que comúnmente llamamos “chicanas”), al concluir, nadie haya cambiado su opinión inicial. Todo esto se exagera si se trata de asuntos que afectan las emociones o que atañen ideas muy arraigadas. Como resultado, lo más común es que no solo no hayamos cambiado de opinión sino que se refuerce y aumente la confianza en el propio sistema de creencias. Asimismo, tendemos a considerar a

los expertos como más legítimos y respetables en tanto apoyen lo que creemos. Y más todavía: somos mejores para aprender y recordar los hechos que coinciden con nuestra forma de ver el mundo, fenómeno que se conoce como “aprendizaje selectivo”. Así también actúa el llamado “reflejo Semmelweis”, la tendencia a calificar las evidencias contrarias como menos válidas o más débiles.

Ahora bien, si los sesgos son los responsables de que sostengamos creencias distorsionadas e imprecisas y de que tomemos decisiones que no siempre son las más acertadas, ¿por qué siguen siendo útiles? La respuesta a esta pregunta implica reconocer algunas de las ventajas de esta forma de decidir. Nos enfrentamos cotidianamente a una tarea casi imposible: darle sentido a un mundo ruidoso y ambiguo. Es por eso que se vuelve indispensable tomar atajos. Así, estos sesgos ayudan a procesar la información y dar respuesta a situaciones a las que se debe enfrentar de manera rápida. Utilizamos un sistema de toma de decisiones sin mayor esfuerzo en la mayoría de las situaciones cotidianas. En estas, no procesa la información de manera enteramente lógica y racional, porque ello demandaría demasiado tiempo y recursos cognitivos (nuestros antepasados, en medio de la oscuridad del bosque, si veían una sombra no se ponían a reflexionar si se trataba de una rama o un

animal salvaje; simplemente huían. En términos evolutivos, sobrevivir es muchas veces más importante que conocer la verdad).

Más que analizar minuciosamente todos los datos de los que se dispone, nos apresuramos a tomar la información a partir de patrones sistemáticos, que no siempre son correctos o veraces, pero permiten interpretar rápidamente los hechos nuevos en coherencia con nuestros pensamientos. De esta manera, se liberan recursos para otras tareas.

Esto mismo es lo que ocurre cuando alguien elige creer en una anécdota parcial u opinión personal sobre una consolidada evidencia científica que requiere más análisis. Por supuesto que, otras veces, cuando es indispensable porque no disponemos de una respuesta ya moldeada o porque surge un conflicto que necesita mayor entendimiento, nuestro cerebro posee mecanismos para realizar un análisis más detallado y completo de la información que suponen más esfuerzo mental.

Claro que estos temas fueron abordados a lo largo del tiempo por diversas teorías y disciplinas, y hoy se refleja de manera cabal en la tan transitada idea de “posverdad”, en la que hechos objetivos son secundarios en relación con la apelación a las emociones y a la creencia personal previa, fortalecida con las nuevas tecnologías en tanto siempre se hallará evidencia a favor



de cualquier cosa que queramos creer y en contra de lo que no. Asimismo, los algoritmos tienden a sugerirnos, a través de la predicción, propuestas alineadas con nuestras lecturas y búsquedas previas.

Aunque no es una tarea fácil, para moderar el efecto de los sesgos cognitivos en nuestras creencias, decisiones y conductas es importante saber que existen, reflexionar sobre esto y ver qué se hace en consecuencia. Además, es necesario cuestionarlos cuando esas ideas esquemáticas repercuten de manera negativa. Para ello, hay que flexibilizar y poner en práctica el pensamiento crítico y el razonamiento científico. Las personas con mayor capacidad de pararse en distintos lugares, de observar a través de diferentes perspectivas y de permitirse abordar diversas ideas están más expuestas a una multiplicidad de estímulos y a la generación de respuestas más creativas. Del mismo modo, ayuda a comprender a los demás, sobre todo a aquellos que no piensan de la misma manera que nosotros.

Porque, sumado a todo lo dicho, los sesgos cognitivos también son claves para establecer vínculos y conectarnos con los otros. Por definición, la noción de comunidad tiene que ver con los intereses comunes.

Reflexionar sobre las ideas que guían nuestro comportamiento personal y social y, en el caso necesario, modificarlas es difícil, incluso cuando se trata de

hábitos perjudiciales para nosotros mismos, porque implica abandonar la zona de confort conocida por algo nuevo que puede, al principio, generar cierto malestar. Para hacerlo tendríamos que sacar la mente del “modo automático” y aunque sea trabajoso, ponerla a trabajar de “modo manual”. Flexibilizar y poner en tela de juicio nuestros pensamientos, especialmente aquellas cogniciones que interfieren negativamente con nuestra vida es una estrategia de gran ayuda para cada uno y para la comunidad. Pensemos, sin ir más lejos, si los argentinos no necesitamos en forma urgente hacer un esfuerzo cognitivo, entender que si la evidencia nos mueve de lugar, eso no perturba *nuestra esencia*, escuchar al otro y respetarlo, reconocer que existen cristales a través de los cuales cada uno mira, asimilar y tener empatía para lograr, más allá de las diferencias sobre el pasado y el presente, ponernos de acuerdo en políticas comunes que nos lleven a un futuro de desarrollo y equidad de una vez por todas. Ojalá que este libro pueda contribuir para estas cosas.